

De la foraneidad al fin del ventrilocuismo del fútbol ecuatoriano

FERNANDO CARRIÓN

*Coordinador del Programa de Estudios de la Ciudad de FLACSO
y Concejal del Distrito Metropolitano de Quito*

RESUMEN

Con este artículo se trata de mostrar el proceso seguido por el fútbol ecuatoriano desde su cualidad esencial de juego hacia la condición de actividad múltiple que hoy le rodea. Para empezar se debe señalar que es innegable que han existido, en estos últimos años, dos momentos significativos de construcción de un imaginario de unidad nacional: el uno proveniente de la guerra en el Cenepa contra el Perú (1995) y el otro de las clasificaciones de la selección nacional a los Mundiales de fútbol en Corea-Japón (2002) y en Alemania (2006); que, además, tuvieron la virtud de posicionar al país en el contexto internacional.

Las clasificaciones a los Mundiales fueron producto de una evolución histórica larga y sostenida que se consiguió luego de muchos años, primero desde lo local a lo nacional; luego de lo nacional a lo internacional; y finalmente, con la articulación a la globalización, cualidad mundial que adorna al fútbol actual, en estas justas de carácter planetario. De esto trata este artículo.

Palabras clave: Ecuador, fútbol, costa, nacional.

ABSTRACT

This article tries to illustrate the followed process by Ecuadorian football from its essential quality of game, towards its multiple activity position nowadays. First of all, it is undeniable that over the last years there has been two important moments on the task of creating an imaginary national unity: the Cenepa War against Peru in 1995, and the national team qualifications for the Korea/Japan (2002) and Germany (2006) World Cup, which have also located the country in the international context.

World cup qualifications are the result of a long historical development achieved in the course of time, first from the local to the national; then from the national to the international; and ultimately from articulation to globalization, feature of the current football in these world wide tournaments. And that is what this article is about.

Key words: Ecuador, football, coast, national.

«Un vacío asombroso: la historia oficial ignora al fútbol. Los textos de historia contemporánea no lo mencionan, ni de paso, en países donde el fútbol ha sido y sigue siendo un signo primordial de identidad colectiva»¹.

PRIMER TIEMPO: LA FORANEIDAD DEL FÚTBOL DEL ECUADOR

El fútbol nació en Inglaterra, a mediados del siglo XIX y se extendió como mancha de aceite por el mundo, hasta convertirse en la actividad más *generalizada*. En ese proceso expansivo llegó al país, de la mano de las inversiones inglesas en el transporte (ferrocarril), la minería (Zaruma y Portovelo) y el puerto (Guayaquil) y, poco a poco, se extendió hasta convertirse en el deporte nacional por excelencia, al extremo de que, en la actualidad, no hay pueblo y barrio que no cuenten con una cancha para la práctica del fútbol.

El fútbol moderno, cuyo origen está en las universidades elitistas londinenses, se difundió por el mundo, llegando al Ecuador con un contenido social diversificado: en la costa (Guayaquil), bajo el peso del empresario venido del exterior; y en la sierra, promovido por la clase media, vinculada a ciertas instituciones claves.

Sin embargo, con la profesionalización que se vivió a partir de los años 1970 se generalizó en el territorio nacional como una práctica de los sectores populares, asumiendo —a fines de los años ochenta— un nuevo contenido social desde la perspectiva étnica: el fútbol nacional «se hizo afroecuatoriano». Este sello racial será el que le dará consistencia y estilo al fútbol del país y, lo que es más, conducirá a una paradoja: en la Selección Nacional las minorías étnicas (los afroecuatorianos) representan a las mayorías del país (mestizos) y las mayorías (los pobres) lo hacen a las minorías (los ricos).

Por otro lado, el fútbol nacido como un simple juego para las horas libres de la población, pronto alcanzó un alto contenido competitivo, con *múltiples* determinaciones en los ámbitos de la economía, la política y la cultura. Al Ecuador llegó tarde esta manifestación, y ocurrió cuando la modernización capitalista se instauró, de la mano de la explotación petrolera y cuando se profesiona-

lizó la actividad del fútbol, modificando sustancialmente las relaciones entre el futbolista, el dirigente y el hincha, en el contexto del mercado.

En otras palabras, el fútbol llegó al Ecuador desde el exterior, gracias a su fenómeno de internacionalización pero, posteriormente, logró evolucionar y consolidarse, para proyectarse fuera de las fronteras patrias justo en un momento en que la práctica del fútbol se globaliza. Éste ha sido un proceso largo y complejo que tiene —por lo menos— tres momentos claves: el primero, que podría definirse como de nacionalización; el segundo, de profesionalización; y el tercero, de internacionalización.

SEGUNDO TIEMPO: DE LO LOCAL HACIA LO NACIONAL

Al inicio, el ámbito del fútbol ecuatoriano fue local y los campeonatos se jugaban entre los equipos del mismo patio. En Quito, los clubes nacieron al calor de la amistad construida en el barrio o en la institución laboral. Allí están, por ejemplo, los equipos como Argentina, que luego se transformaron en el equipo de la Plaza del Teatro, que hoy lleva el nombre de la ciudad. El Crack, que se quedó en el camino, al igual que América, Gladiador, Gimnástico y Atahualpa, entre otros, debido a que no fueron capaces de adecuarse a los pasos impuestos por la historia.

En Guayaquil ocurrió algo parecido, pero alrededor de las colonias de extranjeros que dieron nacimiento a los equipos históricos de la ciudad, el Barcelona, en 1925 (inmigrantes catalanes), y EMELEC, en 1929 (con George Capwell de los EE. UU.). Los

nombres de los equipos iniciales hacen referencia a las identidades provenientes de matrices territoriales externas (Argentina, Barcelona, Panamá, Uruguay, Everest) o internas (Guayas, 9 de Octubre, América, Río Guayas)².

Es interesante notar que la principal característica de este origen fue la ausencia de la diferenciación entre jugador, dirigente e hincha pues no había una «división del trabajo» o especialización de funciones, siendo una actividad de carácter lúdica local, propia del tiempo libre (ocio).

Posteriormente, el fútbol empieza a necesitar una institucionalidad superior a cada uno de los clubes, para regir y dotar de cierta racionalidad operativa a los torneos locales. Allí, y en ese contexto, nacen cuatro asociaciones provinciales, germen de la institucionalización del fútbol nacional, que tiene como base territorial a las ciudades de Guayaquil, Quito, Ambato y Manta. El caso más interesante es el de AFNA, de la provincia de Pichincha (Quito), que se define a sí misma por lo que no es: Asociación de Fútbol NO amateur.

En este ámbito local, los clubes compiten entre sí y son las identidades sociales en conflicto las que delimitan los llamados clásicos del momento: el equipo popular del astillero (Barcelona) confronta con el de los millonarios (EMELEC), en la costa, y el equipo de los profesionales de clase media (LDU) se enfrenta al de los «indios» (Aucas, nacido al calor del marketing de la empresa petrolera Shell), en la sierra. En otras palabras, desde el principio será la confrontación social lo-

cal la que marque la esencia de los clásicos («lucha de clases»).

Desde fines de la década del cincuenta y principios del sesenta, el fútbol entra en un proceso de nacionalización, sustentado en la expresión del conflicto regional sierra-costa, bajo la hegemonía de Quito y Guayaquil. En este proceso confluyen tres elementos: la consolidación institucional de la Federación Ecuatoriana de Fútbol³, la realización de los campeonatos nacionales y la presencia de la selección nacional.

La Federación Ecuatoriana de Fútbol (FEF) se consolida como la entidad rectora de los campeonatos nacionales y del conjunto del fútbol profesional en el país, con una visión centralista y hegemónica de la provincia del Guayas. En 1957, bajo su rectoría, se inician los campeonatos nacionales y, con ello, los clásicos tienden a redefinirse más por el sentido de pertenencia geográfica que por su carácter social local. Actualmente, el clásico es nacional y proviene del peso regional que tiene Liga Deportiva Universitaria (LDU), en la Sierra, y Barcelona, en la Costa, cuestión que, con el paso del tiempo, se ha agudizado. La integración, por medio del conflicto, ha sido el sustento del campeonato nacional, de la FEF y de la selección como una «comunidad de sentido».

Durante una fase importante —que puede considerarse de transición— los campeonatos se desarrollaron de manera simultánea entre lo local y lo nacional: así tenemos, por un lado, torneos locales clasificatorios a una competencia nacional y, por otro, torneos nacionales entre selecciones de las pro-

vincias⁴. La institucionalidad que prima es aquella en que los clubes se afilian a las asociaciones provinciales y, en este contexto, se multiplican las adhesiones y las identidades hacia el club, la ciudad y el país. Es decir, se tiene una membresía de pertenencia territorial e institucional.

Los campeonatos nacionales fueron, hasta ese momento, una forma de construir una representación social de lo local-regional, porque los torneos locales operaron como mecanismos eliminatorios de la representación regional de los clubes para el torneo nacional. Por otro lado, la selección nacional de estos años fue entendida más como una representación de los deportistas de las regiones, que de la elección de los mejores futbolistas del país; es decir, del fútbol nacional como un todo. La Federación Ecuatoriana, en este contexto, no fue más que el ámbito de confrontación —por tanto de integración— de la diversidad regional sierra-costa, donde las asociaciones provinciales tenían mayor peso que los clubes y la propia Federación. Sin duda, la dinámica de lo local-regional fue determinante.

La confrontación regional tendrá su expresión más significativa en la Selección Nacional. Didí, entrenador brasileño con amplia trayectoria, decidió no dirigir la selección de Ecuador en 1992, porque «Yo no puedo estar entre dos fuegos» (Montoya, 2001: 48). Francisco Maturana (1997: 35) señaló que «acá hay una realidad evidente y tengo licencia para decirlo, por vivir un año en Ecuador, para darme cuenta: son dos países en uno. Históricamente han existido más hechos que los separe que aquellos que los una».

Pero será justamente la Selección Nacional la que consolide la «nacionalización» del fútbol ecuatoriano —en medio del conflicto regional—, cuando se convierte en la vía de identificación nacional y en el espacio simbólico donde confluyen las sociedades regionales y los clubes, propio de un país altamente fragmentado. Históricamente, este proceso se da en el período que media entre la realización de la Copa América de 1995, organizada en el país, y la clasificación al mundial del año 2002.

TIEMPO SUPLEMENTARIO: PROFESIONALIZACIÓN Y VITRINAS AMBULANTES

En la década del setenta se termina la época del fútbol *amateur* y se entra de lleno al campo de las relaciones mercantiles, lo que abre la puerta a los fenómenos de internacionalización, masificación y pluriactividad. El contexto está dado por la modernización petrolera que vive el país y por el giro notable que adopta la FIFA con la llegada de Havelange a su presidencia⁵.

El fútbol se convierte en una de las industrias culturales más importantes del país, que movió —sólo en la organización de los equipos— no menos de 40 millones de dólares en el año 2005, y en actividades relacionadas es probable que produzca una cantidad que supere los 200 millones. En términos de las industrias de entretenimiento, es hoy en día, sin duda alguna, la número uno del país.

La estructura del fútbol se transforma radicalmente. Se inicia un proceso de especialización funcional, que elimina la unicidad futbolista-dirigente-hincha, produciéndose

un cambio en el contenido social de los actores principales. El futbolista profundiza su condición popular, gracias al sueño del ascenso social, que trae el dinero y el reconocimiento social, y, en la relación con el club, se proletariza. El vínculo del deportista con la camiseta, es decir, con el club, empieza a definirse en el mercado y bajo sus reglas, y no por las tradicionales adscripciones identitarias. Si en la etapa *amateur* había jugadores símbolos que difícilmente «traicionaban» su membresía, hoy son «vitrinas ambulantes» que se venden al mejor postor, fruto del proceso de liberación del futbolista a la adhesión y membresía del club, lo que provoca una movilidad y rotación muy altas.

Desde este momento, el deportista vive a tiempo completo y con dedicación exclusiva para y del fútbol, lo que exige un conjunto de infraestructuras complejas, tanto para el entrenamiento en jornadas diurnas (canchas, equipos), como para la «reproducción de la fuerza de trabajo» en la noche, bajo la forma de *concentración* (hoteles). Por esta misma razón y por las exigencias de la competencia deportiva, es necesario dotar a los equipos de un cuerpo técnico colectivo, con funciones claras, que tiendan a reemplazar al entrenador multifuncional⁶. Hoy se requiere de especialistas en medicina (antes era suficiente un masajista), en preparación física (antes, un futbolista jubilado), en motivación (hoy, psicólogos), en dirección técnica (hoy, gerente deportivo, preparador de arqueros, director técnico, asistente técnico), así como en utilería.

El dirigente también se especializa porque la institucionalidad, basada en el caciquismo

y la clientela —en la parte organizativa— y del mecenazgo, en el financiamiento, empieza a ceder a las modalidades empresariales, que introduce la lógica del mercado, que impulsa la globalización del deporte. Hay un cambio en el carácter de la organización deportiva: se transita del equipo al club y de éste hacia las sociedades anónimas⁷. En esta transición hay algunas instituciones que rinden tributo y desaparecen: América, Patria, Nueve de Octubre y Politécnico, entre otras.

Un proceso similar vive el hincha. Originalmente es el familiar, vecino o compañero de trabajo poco hábil para el fútbol, que tiene un comportamiento de seguidor pasivo. Posteriormente, se convierte en un seguidor activo, cuando se desarrolla un proceso de *fanatización* que lo lleva a identificarse como parte del espectáculo (jugador número 12) y a fundirse en un «nosotros», compartido con los jugadores y la dirigencia. De esta manera, mientras el hincha acude por la estética futbolística que practica su equipo, el fanático es utilitario: le interesa que pierda el contrincante, pero no que desaparezca.

Este proceso es acompañado por los cambios en los medios de comunicación colectiva, pues la televisión sustituye a la radio, profundizando el tránsito de lo local hacia lo nacional. Con este cambio, el periodismo deportivo también se profesionaliza y busca distanciarse del suelo patrio local, donde el hecho deportivo noticioso se genera, para intentar ser objetivo. Es decir, busca ser menos hincha, primero, porque la señal de la TV no es local —como ocurre con la radio— y porque la audiencia se amplía por fuera del espacio donde tiene lugar el partido y, se-

gundo, porque con la televisión el espectador tiene la oportunidad de ver el partido y por tanto, contrarrestar con el relato. De esta manera el «hombre que televisa los deportes», que describía el juego con un lujo de detalles, pasa a ser un periodista en vías de extinción.

Adicionalmente, los medios de comunicación tienden a seguir más el espectáculo que el deporte, propiamente dicho, lo cual *espectaculariza* su contenido y su entorno: el hincha que canta, lleva banderas y usa camisetas se convierte en parte del fútbol, gracias a este conjunto de iconos identitarios. La entrada de la televisión al fútbol hace que también los estadios, los hinchas, los jugadores y los árbitros se conviertan en «vitriñas ambulantes»: basta ver los uniformes, los lugares de entrenamiento y los estadios llenos de propaganda y ésta convertida en uno de los actores del fútbol, dentro de la vida cotidiana.

El carácter masivo del fútbol irá de la mano, por un lado, del desarrollo mercantil (auspiciantes, derechos de transmisión) y, por otro, del nuevo peso político que adquiere. Así, el fútbol se convierte en una forma de catapultar políticos y en un eslabón para optar por cargos públicos de elección popular; pero también para que muchas autoridades públicas empiecen a pensar en este deporte como medio para sostenerse con imagen en la escena pública, recurriendo a las tradicionales prácticas de donar una casa al futbolista, construir infraestructuras (estadio de Barcelona) o condecorar al deportista-ídolo (Spenser). Y quizás lo más llamativo: buscar un puesto prestante en la dirección del club más popular. En este sentido, no es raro el caso em-

blemático del Presidente de la República, Abadalá Bucarám, quien llegó a esta alta dignidad para buscar la presidencia del club Barcelona de Guayaquil sin escatimar recurso público y privado alguno.

En otras palabras, si este proceso de transformación se vive en el interior de la práctica deportiva, otro tanto ocurre con su entorno, donde el fútbol deja de ser sólo una práctica lúdica, para pasar a ser una actividad múltiple que termina fusionando el fútbol y su entorno.

TIEMPO EXTRA: RUPTURA DEL ENCLAUSTRAMIENTO TERRITORIAL Y VENTRILOCUISMO

La regionalidad y localidad de nuestro fútbol tiende a ceder, ante las exigencias de la competencia internacional y ante el avance que ha logrado su organización, desde la década del setenta. La participación de los clubes ecuatorianos en la Copa Libertadores de América, desde bien entrada la década del sesenta, y de la Selección Nacional en los campeonatos sudamericanos y bolivarianos, desde fines de la década del treinta del siglo pasado, los internacionalizaron de manera esporádica e intermitente, momentos en los cuales empezamos a salir del enclaustramiento territorial y a medirnos dentro de los patrones internacionales prácticos: los resultados⁸.

En este proceso de confrontación internacional, el fútbol ecuatoriano también ha ido encontrando su identidad y su estilo, más de la mano de la Selección Nacional que de los clubes. En la nacionalización del fútbol ecuatoriano, la selección tuvo un significativo rol,

como expresión, primero, de la articulación de la conflictiva disputa regional y, segundo, como medio a través del cual se logra la unidad de la diversidad regional. Fue también desde la Selección Nacional como se inicia una construcción de la identidad futbolística del país y un estilo particular del fútbol ecuatoriano, que reflejan caracteres del ser nacional y que son los estereotipos de los que se forma su particularidad⁹.

Si la identidad y el estilo de fútbol se configuran como forma de representación e integración social y territorial, es en las confrontaciones deportivas internacionales donde logra finalmente encausarse. Si ello es así, debe interrogarse respecto de si el Ecuador tiene un estilo propio de juego. Si la respuesta es afirmativa, habría que preguntarse, ¿cuál es el estilo ecuatoriano de jugar al fútbol? Preguntas pertinentes en un momento en que la globalización, según algunos autores, tiende a homogeneizar no solo el fútbol, sino todas las manifestaciones culturales.

La internacionalización del fútbol lleva a confrontar las escuelas y, con ellas, a definir las identidades y los estilos. En América del Sur se puede afirmar que existen cuatro expresiones paradigmáticas: el llamado «jogo bonito» del Brasil, nacido en la playa, en una combinación de cintura y samba; el del Río de la Plata, que se desarrolla en el potrero y en la calle, con la elegancia y sobriedad del tango, aunque más rápido y ofensivo el de Argentina y más de marca el de Uruguay; el de la garra y pujanza, sustentado en el derroche del corazón, ubicado en el Paraguay; y el del toque y toque, al ritmo costeño del vallenato en Colombia¹⁰.

Nuestros países vecinos han seguido la línea brasileña, en Perú, y del Río de la Plata, en Colombia¹¹. Sin embargo, ha sido este país el que ha logrado consolidar una propuesta estilística propia, la que se ha proyectado con fuerza hacia el Ecuador. El fútbol ecuatoriano, por proximidad y similitud al colombiano, ha seguido la línea identitaria de la *colombianización*, que se expresa en la presencia de entrenadores y jugadores, así como en el fortalecimiento del intercambio deportivo.

El fútbol del país se apoyó en la condición física de los deportistas, desde el momento en que fue contratado, como entrenador nacional, el montenegrino Dusan Draskovich, quien puede ser considerado el iniciador del proceso que llevó a definir el «estilo ecuatoriano de jugar al fútbol». El montenegrino trajo desde Europa la idea del fútbol que se apoya en la cualidad física del deportista y, para concretarla, salió por el país en búsqueda de sus intérpretes —cual cazatalentos—, encontrándolos en Esmeraldas y el Chota. Desde este momento, el fútbol ecuatoriano se hizo afroecuatoriano —por ser el biotipo perfecto para la práctica del deporte, según sus lineamientos europeos¹².

Esta herencia la recogió el entrenador colombiano de la Selección Nacional, Francisco Maturana, quien le añadió dinámica, velocidad y orden (basado en el planteamiento zonal del 4-4-2), sustentados en el despliegue de un sacrificio defensivo colectivo. Pero Maturana generó otras acciones en el entorno del fútbol que fueron definitivas: le imprimió de jerarquía social, haciéndolo respetable en el propio Ecuador; tan es así que desde este momento el fútbol dejó de ser una

actividad marginal, realizada por gente considerada vaga, que se dedica a jugar en vez de trabajar.

Luego llega a la Selección Hernán Darío Gómez, también de origen colombiano, cuyo gran aporte fue convertirla en un referente nacional y en un medio de representación de la sociedad ecuatoriana, tanto dentro del país como fuera de él (por las emigraciones). En este proceso, tuvo gran influencia los partidos que se jugaron en varias ciudades del país (Ambato, Manta, Loja) como fuera del territorio nacional (España y Estados Unidos), así como el nivel de liderazgo social que adquirió el entrenador, por los resultados positivos de la Selección y por la fuerza de su presencia.

Debe destacarse el sentido de ecuatorianidad que produjo en los hinchas y jugadores, expresada en la superación del anclaje regional, social y étnico. Tipificó en Aguinaga la representación del ser humano de talento; en Hurtado, la elegancia empresarial, y en Tenorio, al obrero laborioso, entre otros. Este proceso condujo a que los jugadores, individual y colectivamente, hicieran posible fortalecer la identidad de los espectadores con el fútbol, de los futbolistas con la selección y de su estilo con el país¹³.

En otras palabras, el estilo e identidad del fútbol ecuatoriano se sostiene en la gran dinámica física, el orden de los bloques y el sacrificio defensivo, impulsado por futbolistas ecuatorianos que tienen una condición étnica y popular particulares. Así, se logra que la Selección Nacional se convierta en uno de los pocos espacios de representación social

amplios, paradójicamente, nacida de jugadores provenientes de minorías étnicas (afroecuatorianos) y de sectores populares (80%) originarios de los lugares más recónditos de la geografía nacional. Y son estos jugadores los depositarios de la responsabilidad de defender al país, generando la ilusión de que la selección es un símbolo patrio y de que cada uno de ellos es un líder nacional.

Si la internacionalización de nuestro fútbol condujo a construir este estilo en ciernes, también es necesario analizar cómo se representa en el mundo, porque, hasta la clasificación al mundial de Corea-Japón, los límites internacionales del fútbol ecuatoriano estaban marcados por su anclaje territorial en la región futbolística sudamericana; es decir, existía participación solamente por el «determinismo geográfico» en este ámbito espacial y no por méritos deportivos: asistimos a las copas de clubes (Libertadores y Sudamericana) y de selecciones (eliminadoras al Mundial y América) con resultados deportivos más bien mediocres.

Pero este anclaje geográfico fue desbordado con la clasificación al Mundial de Corea-Japón (año 2002) y la participación en esa justa ecuménica. Este hecho significó «perforar la territorialidad» del enclaustramiento de nuestro fútbol, abriendo las fronteras y desatando la atadura geográfica. El ámbito natural de confrontación deportiva del fútbol ecuatoriano había sido, hasta ese momento, la subregión sudamericana, lo cual nos daba un derecho de pertenencia y por tanto, de participación. Desde este momento se da el salto geográfico y deportivo hacia el mundial, hacia el mundo.

Por un momento queda en el pasado el *ventrilocuismo* al que nos habíamos acostumbrado, básicamente de representarnos a través de otras selecciones nacionales en los campeonatos mundiales¹⁴. Ya no serán Brasil, Argentina o Colombia las selecciones que nos representen en estas justas, sino la nuestra. La Selección empieza a confrontarse en un nuevo escenario territorial, más allá del determinismo geográfico. Si bien los resultados deportivos no son lo suficientemente halagadores, sin duda, son los primeros pasos dirigidos a posicionar nuestro fútbol en latitudes mundiales.

Como resultado, tenemos que el fútbol ecuatoriano y el país aparecen en los medios masivos de comunicación (la televisión) y de tecnología de punta (Internet), lo cual proyecta al país, en la geografía planetaria, como ninguna otra actividad lo había logrado. Además, logra un cierto posicionamiento del deporte dentro del mercado y de las relaciones internacionales (futbolistas y de marcas).

Sin embargo, este sueño puede durar poco, porque el fútbol exige continuidad y permanencia; en caso contrario, por su perversa lógica competitiva de funcionamiento, se puede perder lo ganado. Es implacable el fútbol actual: si no se está en una condición competitiva se puede ubicar fácilmente en la periferia o si se quiere, enclaustrarse nuevamente en el espacio regional correspondiente. Es decir, en el caso ecuatoriano, regresar a nuestro terruño y al viejo ventrilocuismo de representarnos por otros.

Si ello ocurre a nivel de selección, la internacionalización del fútbol, a nivel de clubes,

produce cambios estructurales importantes: los torneos nacionales, a diferencia de antaño, se han convertido en las verdaderas segundas categorías del fútbol postnacional, pues ahora son los espacios donde se juega la clasificación a un torneo internacional. Hoy, el gran premio no es el peso simbólico de la copa nacional, sino el premio económico que produce la Copa Nissan Sudamericana o la Copa Toyota Libertadores de América.

Dicho de otra manera, los campeonatos internacionales han puesto a los torneos nacionales en la condición de justas clasificatorias y a los clubes que no clasifican a ellos, en las verdaderas divisiones formativas de los equipos clasificados, pues son éstos los que contratan jugadores de los equipos no clasificados, para cumplir con los múltiples com-

promisos que demanda la *globalización*. Esto genera una concentración en pocos equipos y en una polarización peligrosa, a nivel nacional.

Por otro lado, es importante preguntarse si, en este proceso de internacionalización, las distancias se han acortado. Mientras la selección de Brasil cuesta más de 300 millones de dólares, la de Ecuador no llega a los 6 millones. Mientras Brasil exporta al mundo 250 jugadores promedio al año, nosotros no llegamos a 2. Nuestros árbitros no han participado nunca en la final de un torneo internacional. Nuestra dirigencia viaja, nacionaliza jugadores y provee de un elixir de eterna juventud a los jóvenes deportistas. En el ranking de la FIFA, Brasil está en el primer puesto del mundo y Ecuador en el 37. Hemos subido en el escalafón...

NOTAS

1. Galeano, E. 1995,
2. En un momento histórico posterior viene un proceso de fundación de equipos con otra lógica: serán las instituciones universitarias, como la Escuela Politécnica, la Universidad Católica y la Universidad Central, las que creen los equipos de fútbol, así como las Fuerzas Armadas (Nacional) y la Policía Nacional (ESPOLI), posteriormente.
3. La FEF fue creada en 1925, justamente como una federación de asociaciones provinciales, pero recién toma peso con la nacionalización y profesionalización del fútbol nacional en la década del setenta del siglo pasado.
4. Los campeonatos nacionales se jugaban entre los campeones y vicecampeones de Quito y Guayaquil, modalidad que siguió hasta 1967 (Velásquez, 1998 citado por Ramírez y Ramírez 2001a: 110).
5. En 1974 llega João Havelange a la presidencia de la FIFA con la siguiente afirmación: «Yo he venido a

vender un producto llamado fútbol», para este objetivo se asoció con la Coca-Cola, Adidas y las redes mundiales de TV.

6. «El entrenador decía: vamos a jugar. El técnico dice: vamos a trabajar» (Galeano, 1995:12).
7. A nivel mundial se venden las acciones de los clubes en las respectivas bolsas de valores, el marketing guía las acciones deportivas y la competencia ha sido sustituida por la competitividad. Los casos emblemáticos de Real Madrid y Chelsea son ejemplificadores.
8. Finalmente lo que queda son dos vicecampeonatos con Barcelona, un cuarto lugar en la Copa América y las clasificaciones a los mundiales del 2002 y del 2006.
9. «Que el fútbol se parece mucho al país: es más, que se juega como se vive» (Hernández, 1997:10).
10. «Así como los argentinos tienen una característica en el toque, los brasileños el dominio

a gran velocidad, peruanos y colombianos el toque, y uruguayos la marca, Ecuador debe buscar su identidad» (Maturana, 1997:36).

11. En Colombia se habla de *parricidio* al 5 a 0 que le propinó la selección de Colombia a la Argentina, con lo cual se quería afirmar que sus orígenes fueron los del Río de la Plata, pero que a partir de ese momento adquirió un estilo e identidad propia. La época de oro del fútbol colombiano, en la década del cuarenta, tuvo una influencia decisiva en el estilo mixto actual: colombo-argentino.

12. Allí están, por ejemplo, Iván Hurtado, Eduardo Hurtado, Luis Capurro, Byron Tenorio, Holguer

Quiñónez, Wilson Carabalí, Luis González, Ulises de la Cuz, Jimmy Baldeón, entre otros referentes de esta propuesta.

13. El actual entrenador de la selección, Luis Fernando Suárez, también de origen colombiano, ha tenido la virtud de darle continuidad al proceso.

14. Este concepto ha sido usado por Andrés Guerrero para entender una fase de la representación de los pueblos y nacionalidades indígenas: representarse por otros, los blancos mestizos, y que hoy ha quedado superada ampliamente.